

APERTURA

Elogio del griego

“Tú te ocupas de los griegos para no ocuparte de los judíos.”

Jean-François Lyotard

“Cuando Aquiles lloró la muerte de su bienamado Patroclo y Clitemnestra perpetró su crimen, ¿qué hacer con los aoristos griegos que nos quedan en las manos?”

Edward Sapir,
“El gramático y su lengua”

Es griego... Es hebreo... Es chino... En síntesis, no se entiende nada.

Cada lengua incrimina a una o a varias otras como radicalmente extrañas. En árabe, se dice que esa otra es persa o hindi. En hindi, que es tamil. En hebreo, que es chino. En chino, que es una escritura del cielo.¹

Y, en la antigua Grecia, los que no hablan griego son bárbaros, bla-bla-bla, no se les entiende, tal vez no hablan de veras: no son hombres “como nosotros”.

Sin embargo, de donde propongo partir para complicar el universal es del *logos* griego, palabra harto apropiada para indicar la pretensión al universal, y que los latinos traducen por

¹ <http://knowmore.washingtonpost.com/2015/03/25/the-equivalent-of-its-all-greek-to-me-in-30-other-languages/>.

ratio et oratio, dos términos para uno, “razón” y “discurso”. Ese es exactamente, y en todos los sentidos de la expresión, mi “punto de partida”. Tómese o déjese.

Para escribir un elogio de la traducción como yo la entiendo, primero tengo que hacer el elogio del griego. De hecho, también se trata aquí, por lo menos, de una defensa de las humanidades. De un homenaje a lo que aprendí yo en griego y del griego, que sin duda se puede aprender del chino, del árabe o del hebreo, pero que me parecería infinitamente penoso, y simplemente triste, no tener la posibilidad, aquí (¿“en nuestro país”?), hoy en día, de aprender griego. Posibilidad para todos, de una manera o de otra, pero sin reservas.

No estoy defendiendo ninguna cultura nacional u occidental, y tampoco una cultura, la mía, más que cualquier otra. Me refiero a eso que, incomparable con ninguna otra cosa, me abrió el espíritu y me aguzó la lengua. Y que pido compartir. Poder compartir mejor y no menos.

Las “humanidades” siempre estuvieron, como por definición, amenazadas. Amenazadas por inútiles, por elitistas, por bourdieusamente distinguidas. Hasta el punto de que, tanto a derecha como a izquierda, parece desconfiarse de ellas y preconizarse que se debe estar con la cultura democrática de nuestra época; cultura democrática, es decir, global: lo global como avatar contemporáneo de lo universal,² pero mucho

² Se encontrará a lo largo de esta traducción una oscilación entre los artículos definidos que anteceden al vocablo “universal”: unas veces –de hecho, la mayoría– se consigna “el”, de género masculino, y otras “lo”, de género neutro. El original francés no exhibe esta diferencia por cuanto tal género neutro no existe en esa lengua; la formulación del texto que traducimos es siempre *l’universel*, donde *l’* corresponde al artículo definido masculino singular, *le*, que se contrae como *l’* ante cualquier palabra comenzada en vocal, en este caso: *universel*. Cualquier tentativa de acercamiento a las razones por las que, en castellano, el empleo del masculino o del neutro podría determinar una distinción semántica en la palabra en juego impondría abordar temáticas filosóficas, filológicas y otras que excederían con mucho nuestra labor traductiva. Ahora bien, un “deber” de coherencia lógica nos ha llevado a utilizar como regla el masculino “el”, pero el respeto de la corrección gramatical, irrenunciable

peor. Precisamente: también yo quiero, exijo estar con la cultura democrática de nuestra época. Con la cultura, con la democracia, con mi época, y por muy largo tiempo, pero no adopto la definición precedente de la democracia ni sus fundamentos.

¿Así que el griego, las humanidades? Pienso que las humanidades han pasado hoy de la reacción a la resistencia, y que se tornan eficaces o vuelven a serlo, no como un entre-nosotros, sino por-el-mundo, como un arma.

Me gustaría simplemente decir por qué y cómo quiero lo que quiero. Por qué y cómo este elogio del griego abre un elogio de la traducción.

Comencemos por la utilidad de lo inútil: sin duda, esto es fundamental para la búsqueda; hoy se lo llama “serendipidad”, por el nombre de los príncipes viajeros³ que, en su travesía, descubrían lo que no buscaban, como Cristóbal Colón encontró América o Fleming la penicilina. Justamente para favorecer este tipo de imprevisibles hallazgos, Abraham Flexner quiso fundar el Institute for Advanced Study de Princeton, que todo el mundo quiere imitar. Hay que celebrar esa sorpresa, ese *kairos*, momento oportuno, ocasión, apertura en el espacio y el tiempo y que produce *tukhê*, fortuna, suerte, en el punto en que se cruzan líneas de causalidad sin relación entre sí, y que produce un acontecimiento “como si” se lo hubiese buscado, como si solo se hubiese buscado eso, con esa saliente de cornisa que cae, no por un azar autómatas y sin consecuencias, sino por fortuna, con apariencia de proponérselo, justo sobre la cabeza de mi enemigo. Yo pienso, ustedes lo comprenden, aguijoneada

cuando el texto original no determina lo contrario, nos ha obligado a emplear el neutro “lo”. Como podrá apreciar el lector al continuar la lectura, este podría ser otro caso de la “vacilante equivocidad” que constituye uno de los ejes centrales de la obra. [N. de la T.]

³ Louis de Mailly, *Les Aventures des trois princes de Serendip suivis de Voyage en Sérendipité*, dossier crítico por D. Goy-Blanquet, M.-A. Paveau et A. Volpilhac, Vincennes: Éditions Thierry Marchaisse, 2011. Véase Nuccio Ordine, *L'Utilité de l'inutile. Manifeste, suivi d'un essai d'Abraham Flexner*, París: Les Belles Lettres, 2014 [trad. esp.: *La utilidad de lo inútil: manifiesto*, Barcelona: Acanalado, 2016].

por el griego y el latín, yo recito mi Aristóteles. Finalmente da igual, seguro que podría pensar a lo Serendip y Walpole...

Ahora bien, la utilidad de lo inútil va directamente en contra de la evaluación tal como hoy se la practica, en todos los niveles “serios” que sirven para clasificar y financiar. Se clasifica para evaluar de la manera más objetiva, más “democrática” posible. Sin embargo, este tipo de evaluación (¿y dónde se practica otra?), que hace *grosso modo* de la cualidad una propiedad emergente de la cantidad, evidentemente no toma en cuenta lo inesperado, el pie de la curva de Gauss, la invención. ¿Se diagnostica entonces hasta en las empresas la angustia del sector I&D, investigación y desarrollo, *isn't it!*⁴

Permítanme ahora situar las cosas exactamente donde las coloca el Estado, con los objetivos propuestos por las reformas en la enseñanza secundaria, con los cuales estoy de acuerdo, con los cuales todas las personas de buena voluntad están necesariamente de acuerdo (¿todas? ¡Cuidado, entonces! Fíjense en los objetivos que se traza la Unesco, el modo en que se los expresa, el modo en que se logran consensos a riesgo de emplear la lengua de madera).

El objetivo mayor es la trans- y la interdisciplinariedad: es obvio, por supuesto. Basta ya de escaleras de la Sorbona que nadie subirá, basta ya de quienes traducen a Parménides o a Platón sin conocer a Homero, y vivan los bien llamados *classics*, naturalmente pluridisciplinarios, del mundo anglosajón.

No me corresponde saber si la reforma pretendida dispondrá o no, en los próximos años, de los medios que necesita para inventar las horas interdisciplinarias y completarlas con horas especiales en las que se aprendería de veras –¿un poco, demasiado poco?– la lengua griega, por ejemplo.⁵ Quiero ar-

⁴ Véase *Derrière les grilles. Sortons du tout-évaluation*, dir. Barbara Cassin, París: Mille et une nuits, 2014.

⁵ Las últimas cifras comunicadas por el Ministerio de Educación respecto del latín son alentadoras: en 2015-2016, el 20 % de los alumnos (o sea, 156.000) comenzaban en primer año la opción latín, el 70 % (o sea, 550.000) seguirán al año siguiente una enseñanza práctica in-

gumentar de manera positiva. La cultura existe, y es muy importante, y es justamente eso lo que no debe quedar reservado a una élite o tratado como un coto privado. La cultura, tanto la del paisaje como la del alma, no es patrimonio de una civilización ni de una nación. Hay culturas, en plural. Es preciso enseñar, muy mezcladas y complejas, las que nos patermateralizaron, y las que difieren de estas. Una de las maneras menos “nacionalistas” de hacerlo es enseñar lenguas. La manera menos boba de enseñarlas es no solo hablarlas y sumergirse en ellas, sino también enseñar a leer los textos en lenguas, textos que las singularizan e ilustran (con sus traducciones, que a su vez “ilustran”, iluminan lo vernáculo del traductor), los bellos textos, grandes y pequeños, que dan a cada lengua su fuerza, su inteligencia, su “genio” —el impecable Schleiermacher decía de un autor y de su lengua: “Él es su órgano y ella el de él”.

Se puede tener una práctica de este tipo en árabe, hebreo, inglés, etc. Todas las lenguas son lenguas “entre otras”. Las más extrañas son las que se escriben de manera diferente, ellas lo son más visiblemente que otras. Me apena que los alumnos de nuestras escuelas primarias y secundarias (los míos, por ejemplo) nunca hayan tenido que confrontarse, por decirlo así, con la escritura árabe o china, mientras que muchos de sus compañeros de clase hablan estas lenguas. Lo que quiero combatir con esto es el solo aprendizaje del *globish*, del *global english*, lengua que no es tal (no existen obras en *globish*, solo los formularios de pedidos de préstamos), y que reduce a las otras lenguas, incluido el correctísimo inglés preconizado por el British Council, a la condición de dialectos para uso doméstico. El *globish* es una lengua de comunicación que es útil practicar, con o sin Brexit, pero no una lengua de cultura. *Globish* más dialectos: esto no

terdisciplinaria de “Lenguas y culturas de la Antigüedad”, y 403.000 alumnos, o sea, el mismo número que el de los latinistas del año anterior, seguirán una enseñanza complementaria en latín, con un número estable de colegios que proponen esa enseñanza. Dentro de un rato volveré sobre lo que son las EPI, las enseñanzas prácticas interdisciplinarias.

basta ni para Europa ni para el mundo. Tan firme rehusamiento conduce directamente al aprendizaje de la traducción (“la lengua de Europa es la traducción”, decía Umberto Eco), es decir, al pasaje entre lenguas, al saber obrar con las diferencias, lección que llamaré, para encasillarme yo misma y utilizar un término clave de moda, una lección de “convivencia”. La traducción es una inversión a futuro, en el sentido noble y *también* en el sentido financiero de la expresión. Incluso en lo que atañe al intercambio con China o India, países para los cuales el francés es sin duda el mejor portador de una tercera cultura: la mediterránea “humanista”, frente a las inmensas china y sánscrita, tercera cultura *distinta* de la anglosajona, marcada por el capitalismo y por la filosofía analítica en ella dominante (soberana en Alemania, en los países nórdicos y ahora también en Italia). Para no hablar de África y de los países –todavía un poco– francófonos, cuyas poblaciones crecen de manera sostenida y hacia los cuales las grandes potencias buscan las mejores vías de acceso. Para no hablar tampoco de Sudamérica ni de Europa oriental, con relación a las cuales se debe poder inventar una geopolítica lingüística y traduccional o traductivista apropiada para cada caso.⁶

¿Por qué estudias griego?, me preguntaron siendo yo muy joven. Como tú cuando miras las fotos de tus abuelos: para ver qué cara tengo, recuerdo haber respondido. El griego, como el latín, forma parte de nuestra historia, de nuestra cultura, de la formación de nuestra lengua, aun cuando yo desconfie de un “nosotros” que excluye a algunos y no a otros, y aun cuando les tema a los posesivos. Traducir del griego me hizo sentir y comprender las deslumbrantes singularidades de esa lengua a través de textos de una fuerza poco común y sin embargo decisivamente variada, Homero, Parménides, Gorgias, Esquilo, Platón, Eurípides, Aristóteles, Tucídides, Epicteto o Caritón, y

⁶ Hay que celebrar el trabajo de instituciones como el Centre national du livre (CNL), el Institut français, la Délégation générale à la langue française et aux langues de France (DGLFLF), conscientes de estos problemas y que adaptan sus estrategias de apoyo en la medida, ay, de sus medios.

amo compartir eso. Los textos griegos me enseñaron a la vez lo que es una lengua y lo que es una cultura: el modo en que los textos se fabrican unos a partir de otros, a la manera de un laminado o un palimpsesto. No se trata de un pueblo ni de un nacionalismo: como dice Derrida, las lenguas no pertenecen... Y Nietzsche: “¡La maldita alma de los pueblos! ¡La lengua griega y el pueblo griego! ¿Quién los hará coincidir?”.⁷ Todos los textos que hoy frecuentamos, y no solamente el *Ulises* de Joyce, son textos que tejen nuevamente otros: enseñar a leer es eso. No hay que impedir, sino facilitar el acceso de la mayoría a ese espesor de lengua y de cultura. No hay cultura sin los textos en lengua original. Obviamente, no estamos obligados a conocer todas las lenguas, pero al menos tenemos que poder “olfatear” o “intuir” más de una, *noein* en griego, verbo que vale tanto para el perro de Ulises como para el dios de Aristóteles. De ahí la importancia de la traducción y de las ediciones bilingües, más que de los aprendizajes puntillosos –yo amo el griego sin lágrimas.⁸ Adoré enseñar griego a niños que tenían dificultades con el francés pese a que era su lengua materna, pues solo el pasaje por el griego les permitía comprender el cómo del francés, y comprender que esta lengua podía ser también efectivamente la suya. Con Platón, empezaban a disfrutar de Mallarmé.

La cultura es, pues, un palimpsesto. El mismo Google habla, a la manera de Bernard de Chartres y a propósito de Google Scholar, de un enano subido a hombros de un gigante. ¡No! Y ¡sí! O más bien ¡sí!, pero ¡no! Hay que tomar esto al pie de la letra para poder subirse a esos hombros y dejar entonces de ser un enano. Un clic o varios clics no bastarán. Creo, estoy segura, que hay que saber leer. Cada texto es un texto de textos, y el que lea último leerá mejor. Verán aquí

⁷ Friedrich Nietzsche, *Œuvres*, París: Gallimard, “Bibliothèque de la Pléiade”, I, 2, 2000, pp. 377-378 [RSA 7, p. 645] [trad. esp.: *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, trad. Joan B. Llinares, Madrid: Gredos, 2009].

⁸ Véase la nota 49 de p. 138. [N. de la T.]

algunos ejemplos: Parménides, el padre y “el primero en” (dice Platón), escribe con Homero, un nombre que conocen hasta quienes no contemplan el mismo cielo; transforma así el *muthos*, mito y relato de la epopeya, en *logos*, discurso de la razón. Y Gorgias, cuando dinamita la tranquila seguridad de la fenomenología y la ontología –querer decir lo que es tal como es–, debe, para demolerlas, dejar fluir sus palabras y su sintaxis en las palabras y la sintaxis que las hacen reinar. Así como uno hunde sus pasos en las huellas, hunde sus palabras en las palabras de... Las operaciones de cultura y pensamiento son operaciones de lenguas, generalmente convertidas en textos. Privarnos de la posibilidad de comprender y sentir esto desde dentro es privarnos de toda la sucesión, de todas las derivaciones, de todas las bifurcaciones y conexiones, privarnos de todo. Nosotros, quiero decir: todos nosotros. Hay varias maneras de tener acceso, pero se necesita por lo menos una, como se necesita tener, o haber tenido, por lo menos un buen profesor para interesarse por algo. Es preciso que abramos esta vía de acceso a todos, en lugar de contabilizarla como cerrada y elitista.

Entonces: de acuerdo con la interdisciplinariedad.

De acuerdo con el acompañamiento personalizado.

De acuerdo con la enseñanza laica del hecho religioso.

Todo esto, si se hace bien.

Ningún acuerdo, ninguno en absoluto, respecto de creer que una EPI⁹ (¿será esta enseñanza práctica interdisciplinaria una “*épi*” [espiga] nutricia?) puede tener el menor sentido en “lenguas y culturas de la Antigüedad”, si se la sigue definiendo como una enseñanza que permite

- construir y profundizar conocimientos y competencias
- implementando un proyecto dirigido a una realización concreta, individual o colectiva.¹⁰

⁹ Véase la nota 11.

¹⁰ <http://www.reformeducollege.fr/cours-et-options/epi>.

Salvo que se apueste por la benevolente inventiva de docentes formados pero que desearían hacer cosas completamente distintas, sobre todo nada pseudoconcreto en lengua de madera. Admitamos que las “lenguas y culturas de la Antigüedad” son una *épi* derogatoria, un ovni de *épi*.¹¹ Esperemos sobre todo que los “complementos” sean efectivamente implementados, porque esta vez el “programa de enseñanza de complemento de lenguas y culturas de la Antigüedad en el ciclo 4” tiene fundamentos impecables que alientan las ganas de enseñar: “El conocimiento de la Antigüedad que adquieren los alumnos se sustenta primero en el estudio de textos auténticos que deben leer en latín y griego, pero asimismo, implícitamente, en traducción, así como en el de las obras de arte y los vestigios arqueológicos. Se nutre también de las obras que fue inspirando la Antigüedad a lo largo del tiempo”.¹²

En verdad, es el vocabulario marco de las EPI¹³ lo que carece de bases genuinas y está definitivamente vetusto, y no la intención, que es buena. Ese vocabulario es ni más ni menos insustentable, por desgracia, que las temáticas cautivas, políticamente correctas y desesperadamente idénticas en todos y cada uno de los organismos pseudoactualizados, en los cursos de proyectos actualmente insoslayables a la hora de

¹¹ La sigla EPI, Enseñanza práctica interdisciplinaria, hace referencia a una normativa francesa sobre reforma de la enseñanza secundaria que comenzó a regir en 2016 y suscitó acuerdos y objeciones. Entre las temáticas fijadas para esta nueva concepción de la enseñanza figura “Lenguas y culturas de la Antigüedad”, pero con carácter de EPI *dérogatoire*, es decir, no regida por las mismas pautas que las otras y situándola en un segundo plano. [N. de la T.]

¹² http://www.education.gouv.fr/pid285/bulletin_officiel.html?cid_bo=99531.

¹³ Cada enseñanza práctica interdisciplinaria se refiere a una de las temáticas interdisciplinarias siguientes: *a)* cuerpo, salud, bienestar y seguridad; *b)* cultura y creación artísticas; *c)* transición ecológica y desarrollo duradero; *d)* información, comunicación, ciudadanía; *e)* lenguas y culturas de la Antigüedad; *f)* lenguas y culturas extranjeras o, si es el caso, regionales; *g)* mundo económico y profesional; *h)* ciencias, tecnología y sociedad.

conseguir financiamiento para una investigación, desde Europa hasta la Agence nationale de la recherche [Dirección Nacional de Investigaciones] (desacreditada como está, ¿se llama todavía así?), y cuyos únicos instrumentos son la vaguedad y generalidad de las que da pruebas la redacción puramente administrativa de los ítems y el pulmón raquítrico de los concursos “en blanco”, también ellos encasillados y de duración determinada como los CDD.¹⁴

Me acuerdo, y en esta materia es bueno ser rencoroso, de haber pedido ayuda europea para el *Vocabulaire européen des philosophies, Dictionnaire des intraduisibles*, y haber escuchado esta respuesta: “¿Traducción? Nosotros solo ayudamos a la traducción asistida por ordenador”. Europa no estaba equivocada, esa traducción es beneficiosa e incluso endiabladamente interesante, pero justamente el diablo está en los detalles: al menos se habría debido ayudar también al libro que quería comprender aquello de que “la lengua de Europa es la traducción”. No hacerlo constituía un error tanto más grave cuanto que los decisores lo daban por sentado, error banal como cualquier palabra clave, como cualquier elemento de lenguaje, y cuando digo “banal” pienso siempre en la “banalidad del mal”, la de la mecánica implantada en el ser vivo, definición bergsoniana de la risa aplicable a Eichmann, a quien Arendt percibió efectivamente como un payaso.

En cuanto a mí, aprendí griego, literalmente y en todos los sentidos: aprendiendo griego, un poco mucho de griego, y aprendiendo a partir de él;¹⁵ aprendí del griego lo que es una

¹⁴ En la legislación laboral francesa, siglas de “contrato de duración determinada”. [N. de la T.]

¹⁵ Para expresar lo que en castellano sería “aprender griego”, pero de modo tal que el fragmento presente esa “vacilante equivocidad” que constituirá uno de los núcleos conceptuales del libro, la autora juega con la preposición *de* y el partitivo *du*, así como con el participio (en español, gerundio) del verbo *apprendre*. Nuestra traducción no puede sino ser tentativa. [N. de la T.]

lengua y lo que es una cultura, ambas cosas juntas a través de la lectura de textos en lengua –el establecimiento, la explicación, la contextualización, la interpretación, con la traducción como punto último de la interpretación y de la performance lingüística.

Poco a poco se fueron perfilando dos líneas de fuerza que me sirvieron para forjar ciertas herramientas destinadas a la traducción como teoría y como práctica: la homonimia y la sofística. Ambas están ligadas. El juego con los equívocos es lo que hace insoportables los textos sofísticos a los filósofos normales. Para Aristóteles mismo, es algo así como el mal radical del lenguaje; le es preciso inventar todo el tiempo palabras nuevas para que dejemos de confundir las cosas y podamos seguir filosofando, separando, por ejemplo, la “esencia” de la “existencia”, como la inventiva latinidad va a traducir después. Hay que prohibir servirse de la escasez de palabras para razonar como le venga a uno en gana. Sin embargo, cuando se adopta un punto de vista distinto, el punto de vista del que oye o del que habla, y se presta atención a “lo que hay en los sonidos de la voz y en las palabras”, cuán significativo y útil, cuán productivo y vibrante es el equívoco. Una lengua difiere de otra y se singulariza por sus equívocos, la diversidad de las lenguas se deja aprehender por esos síntomas que son las homonimias semánticas y sintácticas. Esos desarreglos, esas confusiones, esas auras de sentido que dificultan la traducción y que yo llamo “intraducibles” (no lo que no se traduce, sino lo que no cesa de –no– traducirse) son las huellas dactilares de las lenguas. ¿Mal radical y/o condición de la diversidad? El valor cambia por completo según que se le crea más bien a Aristóteles y a la gran tradición filosófica que a Lacan con sus Protágoras y Humboldt bajo la manga.

Este cambio de punto de vista, función de mi experiencia del griego y de los autores griegos, es lo que me lleva a practicar la gimnasia del “entre” y a complicar el universal.